

SEMANA  
SANTA  
GRANADA 1985



La Cruz, que estremece el espíritu gozoso granadino en Semana Santa, lo alegra poco después con las cruces de mayo. Granada modeló su alma junto a las cimas de Sierra Nevada, testigo de encrucijadas históricas y sabe que, por encima de los nubarrones que arremolinan, el cielo es siempre azul, como blanca y pura la nieve de nuestras montañas. Y, hablando en cristiano, como dicen los granadinos, en la noche de la cruz amanece ya la mañana de la resurrección.

La seriedad de la Semana Santa granadina nos enseña que la cruz no es sólo fin y plenitud alcanzada en ese fin. El «todo está consumado» es, sí, despedida, pero, sobre todo, es llegada y comunicación: inicio de una vida liberada, de una existencia abierta a nuevas posibilidades, que ha sustraído a la muerte su mayor amargura y horror.

Habría que ahondar en nuestras raíces, en esa forja del alma granadina, cuando la fe se hizo carne, vida de nuestro pueblo, en medio de antinomias históricas, entre guerras y esperanzadoras convivencias de muy diversas culturas. El espíritu no vive en compartimentos estancos, eleva a una perspectiva común con la contemplación y la acción, la fe y la vida.

El hombre de nuestro tiempo quiere encontrar, en el interior de sí mismo, precisamente eso: la novedad ... absoluta, aquella que mayormente ansía —aún, a veces, sin saberlo— y que el más alucinante progreso técnico no da: fe, esperanza, amor, que sigue engendrando hombres nuevos para una nueva tierra.

Los «pasos», que recorren nuestras calles, nos enseñan el camino de esa unidad en paz y justicia: recrear, en circunstancias siempre personales y únicas, ahí, en las mismas calles por las que transitamos, un amor irremplazable: el don de sí, el misterio del perdón... La comprensión humana, porque ¿quién tirará la primera piedra?

Tal vez, así, descubriríamos la fuente de energía, de renovación y juventud, siempre nueva.

Al ofrecer estas páginas granadinas de «belleza a punto de lágrima», hemos de tener el valor de confesar lo que pensamos, el empeño de los hombres (varones y mujeres) de «La General» por crear un nuevo estilo, nuevas formas, invitando a releer nuestra Semana Santa. Pensamos que nos hacemos veraces por dentro, manifestando la verdad como la vemos.

Si acertamos a leer los signos de los tiempos, no nos olvidaremos de que vale la pena esforzarnos, porque nuestro ser es abrimos al juicio de Dios sobre lo acostumbrado, lo fácil, lo semiconsciente y de que no hay manera de ahorrarle a nadie esa cruz, sin quitarle al mismo tiempo la fe y el coraje de la vida misma.

Los «pasos» por nuestras calles nos enseñarán la exigencia de no enajenarnos de la realidad humana, nos piden una inserción en la vida, en esas mismas calles, con el compromiso irrenunciable de ser para los otros. Es una suerte que nos necesitemos.

Pero abandonemos, por estos días, el terreno conceptual y entremos en el de las imágenes. Ellas son capaces de hacernos captar cómo la historia de nuestros sufrimientos y tristezas ha quedado asumida en la historia de la Pasión. Nos hablarán de la proximidad del Señor respecto al dolor de las creaturas. Puede que el paso de las imágenes nos descubra un nuevo alfabeto con el que atisbar de nuevo el misterio de la Verdad: llegar ante Jesús de Nazaret es situarse ante Dios, que mora en el corazón del hombre necesitado. Quizá recojamos el pregón de los «pasos», mientras haya un solo ser humano que sufra:

«Tanta repetición de tu agonía  
después de veinte siglos sin respuestas,  
y esta insistencia con la cruz a cuestas  
de morirte en la calle todavía...»

**CAJA GENERAL DE AHORROS Y  
MONTE DE PIEDAD DE GRANADA**

## *Semana Santa de Granada y Semana Santa en Granada*

por Antonio GALLEGO MORELL

Semana Santa de Granada y Semana Santa en Granada. ¿Y qué es Granada? Una encrucijada, un laberinto, un enigma histórico. La Virgen de las Angustias de Torcuato Ruiz del Peral aparece en la Puerta de la Justicia, ¿pero Granada es el Oriente? Un Jesús, reo de muerte de Mora y una Virgen de las Maravillas de Pedro de Mena, rozan la piedra de la Catedral de Siloe, al pie de la Torre, en el Pie de la Torre, ¿pero Granada es el Renacimiento? Una Virgen de la Soledad de Pedro de Mena y un Cristo yacente, acaso de Pablo de Rojas, desfilan muy cerca de los retablos de San Juan de Dios, una Cartuja adelantada en espejos, dorados y retorcimientos, al urbanismo de la ciudad desde aquel camino del Alfacar del pan, ¿pero Granada es el Barroco?

Una Dolorosa, ¿por qué no de Mena?, y un crucifijo de Sánchez Mesa cruzan por el Puente del Genil, ¿pero los ríos de Granada son de veras ríos?, ¿llevan agua o suspiros?, ¿vienen de la nieve, van al mar, son afluentes?, ¿y qué es ser afluente, qué diferencia el agua del mar y el agua del río?, ¿la trucha o la sal? Y sobre todo, ¿Granada es el agua? Un Jesús de la Pasión del sevillano Marmolejo y una Virgen de la Estrella de su también paisano Dubé de Luque, cortan el aire alto de la albaicinería calle de Pagés, ¿pero Granada es el aire? Y hacia la Abadía se marea por entre el camino de las cuevas del monte el Crucificado de Risueño, ¿y es Granada gitana?, ¿dónde está hoy «la Cachucha» y el jaleo de la zambra?, ¿y salen las capitanas de las cuevas?, ¿de dónde vinieron los gitanos?



Dentro de la Chancillería colocan los claveles y encienden los cirios para la Dolorosa de Mora —la más bella imagen de la imaginería local—, y para la urna de concha y plata del ensamblador Manuel Valdés para el Cristo yacente del Entierro. ¿Es Granada Roma? ¿Dónde están los soldados que pisaban recio los adoquines de la Plaza de Santa Ana cuando yo era niño, y se multiplicaban en mi casa las pruebas de imprenta del libro sobre Mora de mi padre, y las fotografías de la Virgen de la hornacina de Santa Ana de frente, de perfil, de espaldas, de busto entero, de sólo la cabeza. Y frente a la hornacina San Pantaleón adelanta el paso, haciendo barroco con su andar. Y los soldados romanos. Debajo de la Granada oriental, de la renacentista, de la barroca, de la Granada del agua, de la del aire, está la planta de Roma como en todo el Occidente. Fue mucho latín, fue mucho Derecho, fue mucha calzada. El tonillo de los senadores hispanos, el quejido del cante, de la saeta. En estas tierras es inútil perforar. El petróleo no existe, surge siempre en vez del chorro de riqueza pasajera, la certeza de lo permanente: una Dama de Baza o un Togado de Periate. Lo ibérico, lo romano, Ilíberis, Florentia: los nombres de Granada antes de convertirse la fruta en heráldica, antes de pasar la Granada a competir con el león rampante, el castillo, las cadenas, las



columnas del más allá que llevan al Descubrimiento. El Jesús de las Tres Caídas y la Virgen del Rosario con la Marina trayendo ecos del mar que nos llevó a América cruzan por la plaza del monumento a Mariana Pineda. Corrida de toros en Ronda, la bandera bordada, los liberales, ¿pero es Granada el siglo XIX? El Jesús Nazareno de Jesús Barbero atraviesa el Arco de las Cucharas, la calle de la Colcha, ¿dónde están todos los nombres del callejero granadino? El Cristo de la Humildad de Santo Domingo pierde la humildad cuando pasa por las calles de Jarreña, Molinos, Huete, Escuelas, Realejo. Y luego la Harina. O mejor: peso de la historia en las cerámicas del callejero de Granada para su Semana Santa.

Dos pasos, el Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora del Amor y del Trabajo de discípulos de Mora. ¿Pero cabe el amor sin el trabajo, o mejor el amor sin trabajo?, y los dos pasos salen de San Juan de Letrán. Por la calle de Cetti Meriem pasan dos pasos con el Jesús arrodillado de Sánchez Mesa y la Virgen de la Amargura de Moreno. Y Cetti Meriem y, naturalmente, Jarreña, Santiago, San Matías, Plaza de las Pasiegas, Bib-Rambla. Filólogos en las aceras interpretando también las cerámicas de los nombres de las calles de Granada. A mí me amaneció una noche, o se me apagó una madrugada descifrando lo que eran la Vía, el Largo, la Piazza en Roma, y recordando a aquella hispanista que me preguntaba, traduciendo a Lorca, qué era una placeta: si diminutivo, aumentativo u otra cosa; y era otra cosa. Tradición romana de Granada, enigma histórico de Granada. Los pasos de su Semana Santa cruzando sus placetas, dándole la vuelta a sus placetas.





Y el Jesús del Rescate de Mora con los penitentes de terciopelo rojo y fajín de muaré dorado ¿dorado o gualda? Es la bandera que desfila por Verónica de la Magdalena, por Cruz, junto al recuerdo del Cristo de la Puerta Real, por Navas, por Alhóndiga, por Mesones, ¿dónde están las posadas?, ¿y los posaderos?, ¿y las caballerías?, ¿los tranvías que llevan a sus pueblos a los forasteros que venían a las posadas?

El paso de Jesús entrando en Jerusalén tal como lo interpretó Espinosa Cuadros, y la Virgen de la Paz de Dubé de Luque salen de la iglesia de San Andrés a la calle de Elvira, una calle a la que vinieron los que venían de la ciudad de Elvira, una especie de Herculano o Pompeya que son sólo recuerdo, ciudades fantasmas, que existieron porque lo canta y lo dice la piedra. ¿Es Granada piedra o ladrillo? Iglesia Imperial de San Matías. Fundada por el Emperador del palacio de piedra de la Alhambra, pero con el ladrillo a flor para el Jesús de la Paciencia de Pablo de Rojas y María Santísima de las Penas de Jiménez de Mesa. Y ladrillo de la Torre de Santa Ana, o de la Torrecilla. El ladrillo por antonomasia de Granada. Y mi campana de niño cuando yo soñaba con ser campanero. Y eso que entonces casi siempre aquella campana no tocaba, doblaba a muerto. En la esquina de la plaza se despedían los entierros y en la Churra vivían los sepultureros. De Santa Ana sale la Virgen de la Esperanza de Risueño y el Jesús del Gran Poder de Roldán, bajo los encapuchados algún que otro banquero. Por eso le relucen tanto a la Virgen los dorados sobre el verde manto.



Y de Santo Domingo con Fray Luis de Granada a la puerta, la Santa Cena y la Virgen de la Victoria de Espinosa Cuadros; y el Cristo de la Humildad, de autor anónimo del XVIII junto a la Soledad, acaso de Manuel González. Un año no pudo salir en su día la Cena y desfiló el mismo día que lo hacía la Virgen de la Soledad. Y el cantaor convirtió en festiva su saeta: «Virgen de la Soleá / no llores ni tengas pena / que tu hijo está cenando / en mitad de Plaza Nueva».

Y los pasos que arrancan de conventos: la Virgen del Convento de la Encarnación, la Virgen de los Dolores de López Azaustre de San Bernardo, entre olor a huesos de santo, a roscos de aceite, a polvorones. Las pajas del pesebre de Belén entre las que Lope de Vega presiente las espinas de la corona de Pasión. El Jesús del Amor y Entrega del siglo XVIII, y María Santísima de la Concepción de López Azaustre, salen del Monasterio de la Concepción, el de la monja Sor Gertrudis, cuyos manuscritos yo transcribía de estudiante, mientras al otro lado de la reja las monjitas me hablaban de Fray Diego José de Cádiz como si todavía viviese. Es el sentido de la historia que se filtra por el torno del «Ave María», —«Deo Gracias». Y el vocablo de Zafra como un caramelo morisco se nos deshace en la boca. Calle de la Portería de la Concepción. Fray Diego José de Cádiz blandiendo en la mano un Crucifijo como los predicadores napolitanos. Pelucas, pecheras, mantos, túnicas,

bordados, sortijas, pómulos morados, pestañas postizas; es el Barroco estallante de la Semana Santa, la Semana Santa de encaje de García Lorca, el poeta de Granada que escribe en la Semana Santa de 1927, el año de Calderón recitado en la Alhambra: «Granada, ha estado magnífica la Semana Santa. Desconocida para ti —le dice a Melchor Fernández Almagro—, la procesión del Cristo de Mora en la Carrera de Darro es lo más sorprendente de emoción religiosa que he visto. Anoche, la Soledad de Santa Paula, en la calle de San Juan de Dios, tuvo un cortejo de saetas de lo más puro y castizo granadino». Y el convento de las Comendadoras de Santiago.

De la iglesia de San Cecilio, en la que rezaba Manuel de Falla, salen el Cristo de los Favores de un discípulo de Baltasar de Arce, y la Dolorosa de otro discípulo de Mora, que acuden a la concentración granadina en torno al Cristo de los Favores, en la hora del grito de unas tres de la tarde universales, cuando se creía que el Gólgota ponía a punto sus relojes desde la plaza del Campo del Príncipe —el campo de Abulnest de la Granada árabe— con todos los relojes de la Cristiandad.

Y de la iglesia de los Santos Justo y Pastor, el Jesús de la Meditación del estilo de Mora, otra Virgen de los Remedios de López Azaustre, entre claveles de estudiantes por el antiguo barrio universitario. Y la imagen de Diego de Siloe del Jesús del Perdón y la Virgen de la Aurora del siglo XVIII, que arrancan de la iglesia de San Miguel el Bajo, cruzando de milagro por las estrechas calles del Albayzín para encerrarse entre saetas, gritos, aplausos: otra vez la Andalucía vocinglera, estallante, pletórica. Y la más antigua cofradía de la Semana Santa granadina que arranca de la





Catedral de Siloe, con la Virgen de las Lágrimas y el Jesús de la Amargura que parece de Mora. La vieja cofradía de la iglesia del Salvador antes de su incendio, cuando la pintó Gerald Palmer, el Salvador del poeta don Pedro Soto de Rojas, malhumorado como don Luis de Góngora pero tan buen versificador como el cordobés. ¡Cuánta literatura por entre la Semana Santa de encaje y buena imaginiería de Granada! Y una cofradía con un solo paso. ¡Que le den un apagón a la ciudad! Que suene sólo el tambor, túnicas de cola y capillo negro, sandalia franciscana y cingulo de pleita. Que vuelva a pintar Solana, que vuelva Federico a rimar su Llanto y a gritar *Silencio*. El Cristo de la imaginiería española, el Cristo de Granada, el Crucificado de José de Mora cruza Carrera del Darro por la Plaza de Santa Ana y por la Plaza Nueva, y sube a los Grifos de San José y de San José Alta hasta su encierro: toda la Granada de mi niñez entrevista, oscurecida, convertida en apagón desde los balcones de nuestra casa de la Plaza de Santa Ana.

Cuánta escultura en la calle, cuánta evocación literaria en los recorridos, cuánto revoltijo en la Granada de judíos, de moros y cristianos, de occidentes y orientes en encrucijada. De la Historia hecha carne en el Verbo de la palabra popular. Y una placeta del «Ecce-Homo» que recuerda alguna imagen de Cristo presentado a los judíos, placeta de los Diablos también y no porque Lucifer la evoque, sino porque el juego de los niños la convertía en infierno.



Semana Santa de Granada con Cristos de Siloe y de Mora, Piedades de Ruiz del Peral, figuras estallantes de pasión de Pedro de Mena y de Pablo de Rojas, Vírgenes arrodilladas, silenciosas, con la belleza a punto de lágrima de Mora, y los Cristos rígidos de Risueño. Una Semana Santa en la que el paisaje se incardina en el paso. ¿Por qué Granada es callada?, ¿por qué huía Falla del ruido de Granada? San Juan de la Cruz canta en los Mártires, se presente el eco de la Madre Fundadora. Toda Granada es una Fundación, un alumbramiento, una Santa Fe que espera con vigilia de campamento. ¿Se espera la salida del Crucificado?, ¿o se espera el encierro de la Dolorosa? San Juan de la Cruz escribía:





Atención a lo interior  
y estarse amando al amado.

Todo se diluye en la copla popular:

En esa Cruz enclavao  
te miro, Cristo divino.  
Eres un lirio tronchao...

La Semana Santa es la apoteosis del Cristo por desenclavar de Machado. Por todas las cuestas de Granada, por todas las escaleras de la ciudad, por todos los atajos se sube hacia los clavos de las cruces de la Semana Santa, de la Semana Santa de Granada, para arrancar los clavos y poner los claveles de las Cruces de Mayo. Porque Mayo, todo Mayo, siempre está en la puerta. Cuando quitamos el Belén ya están ensayando los costaleros, cuando se apagan las saetas ya están a la vuelta de la esquina las cruces de mayo. Es el Dios que está azul en el poeta de Moguer, que nace desde una ciudad apagada, en tinieblas. La de la noche del Silencio en Granada. ¿Pero puede apagarse la luna? La luna, las torres de la Alhambra y la mirada de la Dolorosa de Mora en su hornacina de Santa Ana, pregonan siempre la Semana Santa de Granada, la Semana Santa en Granada.



## *Valor de la imagen cristiana*

Francisco Javier MARTÍNEZ MEDINA,  
Departamento de Historia, Facultad de Teología de Granada

Un año más Granada se convertirá esta Semana Santa en un gran escenario en el que los desfiles procesionales de las cofradías y hermandades de penitencia representarán, por medio de espléndidas imágenes de Cristo y de la Virgen, los momentos cumbres de la historia de nuestra Salvación. Ante este acontecimiento surge una pregunta: ¿para qué sirven las imágenes? ¿Siguen teniendo valor para vivir nuestra fe?

Varios siglos ha costado a la Iglesia concretar el lugar de las imágenes en el culto y en la vida de las comunidades. Los primeros cristianos, que nacen y viven en ambiente pagano, son contrarios a ellas por el temor de confundirlas con los ídolos. Pero muy pronto, al convertirse el cristianismo en la religión oficial, la afluencia masiva de conversos incorpora a la nueva religión sus tradiciones y costumbres. Así, del sentimiento de rechazo de los primeros tiempos, se pasa a ver en ellas una ayuda para la evangelización; una catequesis visual para los que no saben leer en los libros.

Será Santo Tomás de Aquino quien explique su misión y razón de ser, sirviendo sus escritos como base para todas las épocas posteriores. Son tres las causas que, según él, justifican la presencia de las imágenes. La primera es la instrucción del pueblo sencillo que, viéndolas, descubre aquello que no puede leer. La segunda es hacer presente constantemente a nuestra contemplación la historia de la redención, pues toda persona necesita ver iluminado cada momento de su existencia por la Palabra de Dios. Las imágenes, así consideradas, están puestas al mismo nivel de la lectura asidua del Evangelio y la meditación. La tercera es consecuencia de la anterior: el recuerdo del amor de Dios nos mueve a imitar su ejemplo en nuestra vida, ya que el hombre asimila mejor lo que oye si lo ve.



Unos años más tarde el Concilio de Trento confirmaría estas enseñanzas al recordarnos cómo «... por medio de las historias de los misterios de la redención expresadas en las imágenes, se instruye y afirma al pueblo en los artículos de la fe, que deben ser recordados y meditados continuamente, ... y de esta forma se mueven a adorar y amar a Dios y a practicar obras de piedad».

Pero para conocer el valor de las imágenes no podemos quedarnos solamente con el estudio de los escritos de los teólogos y las citas de los concilios. Tenemos que acudir a la experiencia de la vida de los creyentes a lo largo de la historia de la Iglesia. Y sería interminable la lista de santos y mucho más aún la de tantos cristianos sencillos que han encontrado en un crucifijo o en una imagen de la Virgen un medio para hablar a Dios e imitar su amor para con el prójimo.

Por citar algunos de los más conocidos recordemos cómo San Francisco de Asís cambió el rumbo de la Iglesia y del mundo de su tiempo, después de que la cruz ante la que oraba en la ermita de San Damiano le hablara: «Francisco, ve y repara mi Iglesia que como ves está en ruinas». Y Santa Teresa de Jesús en el libro de su Vida nos recuerda cómo la contemplación de una imagen fue el medio por el que Dios inició su conversión: «Era un Cristo muy llagado y tan devoto que mirándolo, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros».



Dentro de unos días nuestra ciudad y sus pueblos se van a convertir en templos abiertos. Hermanos cofrades y costaleros, movidos por un espíritu de fe y de servicio al pueblo de Dios, se afanarán, como todos los años, por pasear por nuestras calles y plazas las bellas imágenes donde los artistas, antiguos y modernos, han plasmado los momentos de la Pasión y Muerte de Cristo junto con el dolor y la esperanza de la Virgen.





Que su paso entre nosotros no se reduzca a un simple acontecimiento cultural y folklórico, sino que cumplan la misión y el fin para el que fueron creadas: ser un *constante recuerdo* del infinito y misericordioso amor de Dios a los hombres y como consecuencia *nos muevan a imitarlo*, solidarizándonos también con nuestros hermanos, los hombres de nuestra tierra, que sufren por tantas causas y necesitan la ayuda de los demás. Así, seremos agentes activos de esa liberación integral por la que Jesucristo ofreció su vida en la Cruz y al pie de la cual estaba su Madre.

De esta forma, cuando el Viernes Santo miremos el árbol de la Cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo, nuestro gesto no será un rito vacío, ni una contemplación pasiva, sino que, por el contrario, todas estas celebraciones nos habrán metido en el verdadero espíritu penitencial al que estos días nos invita la liturgia por medio de los Profetas: «El ayuno que yo quiero es éste —dice el Señor—: Abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo, y no cerrarte a tu propia carne» (Is 58, 6-7).

**Edita:**  
Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada

**Colabora:**  
Real Federación de Cofradías

Depósito legal: GR. 185-1985

**Imprime:**  
Copartgraf, s. coop.  
Maracena (Granada)



**CAJA GENERAL DE AHORROS  
Y MONTE DE PIEDAD DE GRANADA**

**“LA GENERAL”**